

CARTA A UN PAISANO

Conveniencia de los Estatutos

Querido Juan:

Recibo, con gran satisfacción, tu carta. En primer lugar, porque, después de tanto tiempo de silencio —¡qué perezoso eres para escribir, hombre!—, sé de vosotros, y porque me entero de que, salvo esas dichosas anginas de Juanito, estais bien de salud y, en lo posible, dada la época difícil que el mundo vive, de todo lo demás.

Me preguntas, como motivo principal de la carta, «qué opino yo de eso de los Estatutos de autonomía», y me ruegas que te lo diga, «pues viviendo en Barcelona, debo saberlo». Si, en efecto, sé lo que son, o cómo «resultan», que es lo que tú, sin duda, querías preguntarme, y te lo voy a decir. Allá vá:

Los Estatutos responden, evidentemente, a una necesidad. Tú ya sabrás que hay necesidades naturales, espontáneas... necesidades de verdad, vamos, y necesidades artificiales. El hombre, necesita del aire, para respirar: he aquí una necesidad natural. En cuanto se hace mayorcito, empieza a encender pitillos, y al cabo de unos cuantos años necesita del humo del tabaco casi tanto como del aire que respira, aunque este se haga irrespirable: he aquí una necesidad artificial.

El Estatuto es una necesidad creada artificialmente por los pueblos que quieren colocarse en una posición de privilegio; pero necesidad, al fin y al cabo. Crear esa necesidad no es labor de un momento y, por lo tanto, no puede improvisarse. Así ha ocurrido en Cataluña, que ha ido cultivando amorosamente el «hecho diferencial», hasta convertirlo, sino en una realidad, por lo menos en una ficción presentada con mucha apariencia de verosimilitud. Porque el proceso de la cuestión catalana, ha sido este: inventar, primero; perfeccionar, luego el hecho diferencial, para luego gritar, simulando muy bien la alarma: «¡Eh, señores: miren ustedes qué enorme hecho diferencial tenemos! ¡No va a haber más remedio que darnos la autonomía! Y como destruir el hecho diferencial hubiera sido tarea larga y poco espectacular, se aceptó la realidad vigente, y hoy Cataluña tiene su Estatuto.

Ahora, algunas otras regiones españolas solicitan también la autonomía, como si el hecho diferencial pudiera conseguirse, improvisándolo, deprisa y corriendo. Y tú me preguntas, o quieres preguntarme, querido Juan, si que lo consigan es bueno o malo.

Hombre... ¡te diré! por lo menos, es divertido. Si esa región nuestra consigue su Estatuto, vamos a distraernos la mar; tú sobre todo, que no te despegaste del terruño. Además, ¿quién te dice a tí que no puedas colocar a los chicos mayores, a quienes supongo con la garganta

más fuerte que el Benjamín? Hazles que griten por ahí «vivas» y «muestras», que discursen, que se abracen a la bandera regional y digan muy serios todo eso de la última gota de sangre... y, a lo mejor, logras meterlos en el Ayuntamiento. Que digan también «baiga» y «endenantes», y «adrento», y «bujero», a ver si entre todos hacen un buen idioma, libre del yugo, contralista y cavernicola, de la Academia.

Eso, en cuanto a lo práctico. Por lo que respecta a la diversión... ¿Te parece poco bonito poder ir al Parlamento, poder jugar al tresillo con algún ministro, sin necesidad de tomar el tren ni de ser personaje? ¿Pues, y el detalle de que las tropas rindan honores, por ejemplo, al barbero que nos rasuró durante treinta años, y ahora se ha convertido en Presidente de la Región... que quién puede asegurar que el Fíguro de ahí, con su afición a «echar discursos», no lo sea?

¿Tú te acuerdas de aquellos primeros «Thés-dancants» (así, con esa ortografía y todo), que dábamos, hace veinte años, en el casino? A mí, ahora, la verdad, me parece que debían resultar un poquitín cursis. Pero, ¿quién nos quitaba entonces la ilusión de creernos en plena fiesta del gran mundo, entrevistado en las novelas francesas y en las películas italianas? Juraría que todas las muchachitas se creían un poco fatales Bertinis, y todos nosotros Gustavos Serenas irresistibles... ¿Hubiermos podido hacer otro tanto en Madrid? ¿A qué Casino aristocrático, o a qué Gran Hotel, podíamos ir con los seis realillos que nos costaba el te —¡el «thé»!—, en la capitalita provinciana?

Pues los Estatutos, es algo así como eso, aplicado a la política: que los pueblos jueguen a las naciones, como nosotros jugábamos a los «mundanos». Don Gaspar, aquel viejecito de nuestro Casino —¿recuerdas qué gran tipo?—, se escabullía siempre sin pagar y, además, se llevaba los terrones de azúcar. También en los Estatutos hay gente poco romántica que se cuela sin pagar, para llevarse hasta las cucharillas. Pero, a Francisca Bertini y a Gustavo Serena, en pleno idilio, ¿qué les importa?

En definitiva, chico, mi opinión es esta: con el Estatuto, no os aburriréis tanto como ahora. Pedidlo pronto y seguidlo cuanto antes, no se lo vaya a llevar todo la trampa, cuando todavía esteis organizando el plebiscito. Porque, como caros, si que resultan caros los Estatutos, y no hay país que los resista. (Mira, mira por ahí, a ver si hay nación que los aguante).

Te abraza tu antiguo amigo.

D. F.

Barcelona, julio, 1936.

COPLAS DE ALELUYERO

Junto a su camita,
¡cómo llamaba yo a mi compañera...
no me conocía!

Te ibas tú a morir,
me iba a morir yo.
Ni uno ni otro nos habemos muerto.
¡Y aquello ocurrió!

Parecía Undebé:
si no me quitas alguna peniya,
¡me voy ya a caer!

Mira qué barquita,
sin vela ni ná;
¡pues en los mares esos de tus ojos
quiere navegar!

Yo podía estar
con un cachito de techo y tus ojos,
comiendo mi pan.

A aquella venita
yo le preguntaba,
y la venita no me respondía....
¡bien me contestaba!

Dicen que no puede ser
ponerle puertas al campo;
¡yo se las tengo a un querer!

Un tropezón que aquí doy,
dos pasos allá que caigo;
voy a entrar en mi casita
para salir entre cuatro.

No apretarla tanto;
la corderita hostigada
puede tirarse al barranco.

Si el lunar es chiquitito,
¡ondillo también lo es,
que está por dar S. Fernando
la sal que se guarda en él.

Barreno tiene la niña:
de cada cuatro puntadas,
en tres y media se pincha

Levanta mucho la frente,
y al que tanto la levanta,
la candelita del cielo
en seguida se la baja.

¡Andando cielos y tierras
por los siglos de los siglos,
no se le encuentra pareja!

No tenía mas remedio
qué merar de esa manera:
de parte a parte *calao*
¡y sin ver quien lo *jiriera*!

Aunque me llamo al silencio,
te dije que te quería
y te callo que te quiero.

Pasaba Cristito
con su cruz a cuestas;
¡cómo partían el alma los presos,
cantando saetas!

Al *batito* mio,
¡cómo S. Juan se lo llevó al cielo,
así, dormidito!

Tu Virgen del Valle,
la que está en S. Telmo.
Cuando estás fuera, voy a su capilla
¡y te sigo viendo!

¡Con cuanto *cuidao*
al ramalito aquel de su pelo
¡jice su trenza!

Esos siete gatos
de tu barriguita

NOTAS DE MI BLOC

RAMO DE LOCURA

Siempre ha sido verdad eso de que «ni son todos los que están...», pero no creo que nunca, como ahora, el solar del mundo haya dado la impresión de ser una auténtica casa de locos. De locos, y de tontos. Y de tontilocos, que también los hay, aunque se diga que ningún tonto se vuelve loco.

Un manicomio parece la tierra, en efecto, en el que hubiera habido un plante de alienados, con la victoria de los orates sobre los loqueros.

Cuando pasen los años (no muchos, desde luego; acaso, y Dios lo quiera, unos cuantos meses nada más), y volvamos la vista atrás, para revisar este periodo, nos asombraremos de haber podido sobrellevarlo; de haber podido conllevarlo, incluso con aire de tomarlo en serio.

Esto de tomar en serio, de respetar lo que de loco, de tonto, de tonti-loco y de malvado está sucediendo, es el síntoma más adecuado de que el mundo es un manicomio suelto. Porque al visitar un establecimiento frenopático, una de esas llamadas «casas de salud», no es raro tropezar con el pobre idiota que se ha hecho un gorro de papel, y anda por el patio proclamando que es Napoleón. Parece excesivamente ajustado a lo convencional de los folletines, pero es cierto y corriente. Lo raro sería, que los visitantes se cuadraran temblando ante el «corso», o incluso cuando él no estuviera delante, hablasen con respeto de Napoleón, asegurándose los unos a los otros que qué felices se sentían habiendo podido ver, en carne y hueso, a tan gran figura de la Historia... aunque todos supieran, y cada cual supiese que los otros no lo ignoraban, que no se trataba de Napoleón, naturalmente, sino de un pobre enfermo.

Lo peor, sin embargo, no es que haya locos, que haya audaces y desvergonzados que se proclamen napoleones, ni que los demás, por comodidad, por miedo, por estupidez, le rindan honores imperiales, sino el hecho de que, realmente, el loco —o el sinvergüenza, o el criminal—, que dice que es Napoleón, es el primer convencido de su verdadera personalidad oscura. Pero, ¡si los otros son tan idiotas que no le desmienten, más lo sería él no aprovechándose!

La locura de la época, radica en eso: en el asalto de los primeros puestos por los falsos napoleones de la política —de la política, sobre todo—, del arte, de la literatura, y en el acatamiento por todos (¡hasta cuando, Señor?), de los falsos valores, como si fueran valores ciertos, pero sabiendo que no lo son.

¡se han de comer tus propias s'entrañas en la tu agonía!

¡Qué *gustiyo* da
estarse así, mirando, mirando...
sin hablar ni ná!

Mejor *calidá*
no cabe de penas:
con una sola que echaste en mi alma
¡mira qué cosechal

¡Yo quiero saber
qué es lo que *jace* tanta personita
pa tanto tener!

Recorriendo el mundo
diez añitos llevo
a ver en dónde entierro esta muerta,
¡sitito no encuentro!

E. M. M.

Todos estamos en el secreto: el reluciente casco del loco —del audaz, del arribista sin escrúpulos, del trepador—, es un pedazo de periódico. Su espada, la gran espada con la que nos dejamos matar, está también hecha de papel. ¡Y él, como nosotros, lo sabe! ¿Qué esperamos, pues, para el papirolazo que ponga final a la farsa?

¡Si no va a pasar nada!... Si nadie (ni los obligados a regresar a su rincón), va a asombrarse ni a llamarse a engaño... ¡Si lo asombroso y lo que parece un timo es la realidad de ahora, es ese tocar la música a los napoléones de papel de periódico!

Locura, audacia, estupidez, tonti-loquería: daños actuales del mundo. ¿Del mundo? Si; ¿para qué particularizar, si generalizar, se particulariza, y de otra forma más expresa no iban a dejarnos decirlo?

Domingo de FUENMAYOR

OPTIMISMO

Un pueblo alegre

La Nación que se preocupe de ir infiltrando ideas sanas y optimistas a sus trabajadores, verá disminuida rápidamente la lucha social. El obrero es justo que tenga un sueldo suficiente que le permita cubrir todas sus necesidades, pero a más de esto es necesario hacerle la vida alegre, distraída, sin que ello repercuta en su economía privada.

Este es el procedimiento seguido por estas naciones que, por un capricho inconcebible, se ha dado aquí en llamar, por los proletarios, naciones capitalistas y enemigas de los obreros. Los que han efectuado un viaje por Alemania, por ejemplo, ya saben muy bien a qué atenerse. Hitler, este vegetariano que parece de hierro, es un hombre dulce y sentimental, enamorado de su pueblo por el que sería capaz de cualquier cosa. Su vida privada se desenvuelve en medio de una sencillez que contrasta con el lugar que ocupa. Hitler vive en un pisito como viviría un sujeto cualquiera de la clase media. La felicidad de este adalid es la felicidad de su pueblo. Toda su política tiende a disminuir el paro obrero y a favorecer a la clase trabajadora. Allí el obrero tiene una infinidad de ventajas de toda índole. No ganarán grandes sueldos, porque mientras existan personas sin trabajo, el problema principal es la ayuda a estos, y nada se conseguiría, sino bien al contrario, si únicamente se preocuparan de los que pueden comer. Pero, ya que no se les aumenta los emolumentos se trabaja activamente a fin de obtener de continuo una rebaja en los precios de aquellas cosas o productos de utilidad o necesidad para el proletario. De esta forma ellos pueden viajar en tren a un precio reducidísimo, comen casi por nada, etc.

Sin embargo, el principal cuidado tenido en Alemania, ha sido el de dar alegría a todos sus habitantes. El pueblo alemán ha rejuvenecido extraordinariamente; casi todos los alemanes son jóvenes. Se les ve por la carretera cantando, acuden al trabajo con la risa de la más pura satisfacción. Son, en una palabra, felices.

No hablemos de régimen que eso es cuestión de los políticos, pero reconozcamos el procedimiento alemán como uno de los mejores estimulantes para el bienestar del prójimo. Cuando la alegría impera no hay problema que no pueda resolverse. Una persona que se encuentre satisfecha de poder vivir, que puede acudir a la Opera cuando quiere, que puede efectuar largas excursiones con poquísimo dinero, que se ve rodeada de simpatías por todas partes, que sabe que su esfuerzo es el mismo y con mismo fin que el de todos sus amigos y de sus paisanos, esta persona trabaja y no discute. Tiene conciencia exacta de su papel y el orgullo de saberse útil.

D. C. C.